

# Escritores clave de la literatura: desde el Trecento a la contemporaneidad

Cuaderno de prácticas

\*

Tema 4  
Ilustración, Romanticismo, Naturalismo  
y Realismo

Grado en Historia del Arte  
1º curso  
Profesor Juan García Única

## Texto I

### Elegías Romanas

Feliz me siento en suelo clásico, entusiasmado,  
pasado y presente me hablan más fuerte y claro.  
Sigo el consejo y ojeo la obra de los antiguos,  
mano presurosa, placer que cada día se renueva.  
Pero de las noches las manos en otro lugar pongo,  
y si sólo a medias aprendo, soy el doble de feliz.  
¿Y acaso no aprendo cuando el pecho amado  
acecho las formas y por sus caderas deslizo la mano?  
Sólo entonces comprendo el mármol: pienso y comparo,  
veo con ojos que tocan, toco con manos que ven.  
Y si la amada algunas horas del día me roba,  
devuélvemelas de la noche y así me resarce.  
No todo son besos, que también hablamos,  
apenas mi tesoro se adormece reposo y medito.  
A menudo he sido poeta entre sus brazos  
y el ritmo del hexámetro, con mano leve,  
en su espalda he medido. Respira sueño amoroso  
y su piel el pecho me inspira hasta lo más profundo.

NOTAS:

---

Atiza Amor la lámpara y los tiempos recuerda  
en los que a si triunvirato, con placer, servía.

Johann Wolfgang von Goethe, en Francisco Rico y Rosa Lentini, *Mil años de poesía europea*  
(Salvador Mas Torres, trad.), Barcelona, Backlist, 2009, pág. 437.

NOTAS: .....

## Texto II

### La sangre es un líquido muy particular

MEFISTÓFELES.– Desde hoy en adelante desempeñaré el papel de criado del doctor. Una palabra todavía: en nombre de la vida o de la muerte, exijo de vos un par de líneas.

FAUSTO.– ¿Necesitas un escrito? ¡Pedante! ¿No sabes aún lo que es la naturaleza del hombre y en cuánto debe apreciarse el valor de la palabra empeñada? ¿No basta el que con ella haya dispuesto de mis días por toda una eternidad? El mundo, que es juguete de la más desencadenada tempestad, no ha hecho mella en mí, ¿y una vana promesa la haría? Y, no obstante, ¡esta preocupación está íntimamente arraigada a nuestro ser! ¿Quién será el que consienta en desprenderme de ella? ¡Feliz aquel que abriga en su pecho una verdadera buena fe! ¡Éste nunca tendrá a menos el hacer cualquier clase de sacrificio! No obstante, un pergamino firmado y sellado es un fantasma que amedrenta a todo el mundo. La boca cede a la pluma la facultad de expresarse, ¡y sólo se reconoce el imperio de la cera y del pergamino! Espíritu maligno, ¿que exigís de mí? ¿Cobre, mármol, pergamino o papel? ¿Será preciso que escriba con un estilo, un buril o una pluma? Escoge tú mismo.

MEFISTÓFELES.– ¿Por qué razón habéis charlado tanto? ¿Por qué motivo os habéis acalorado de esa manera? Basta un pedazo de papel cualquiera, el que está

NOTAS:

más a mano. para estampar vuestra firma os serviréis de una pequeña gota de sangre.

FAUSTO.– Si esto ha de tranquilizarte, sea. ¡Consiento en pasar por esa tontería!

MEFISTÓFELES.– La sangre es un líquido muy particular.

Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto* (Mauro Armiño, ed.),  
Madrid, Espasa-Calpe, 1997, pág. 56.

NOTAS: .....

## Texto III

### Diario de Jonathan Harker (8 de mayo)

Sólo llevaba un par de horas durmiendo cuando, sintiendo que no podría dormir más, me levanté. Colgué de la ventana mi espejito de viaje y estaba empezando a afeitarme. De repente, noté que una mano se posaba sobre mi hombro, y oí la voz del Conde dándome los buenos días. Me sobresalté, pues me sorprendió no haberle visto entrar, a pesar de que el reflejo del espejo mostraba toda la habitación a mis espaldas. Al sobresaltarme, me corté ligeramente, pero en ese momento no me di cuenta. Tras haber respondido al saludo del Conde, me volví de nuevo hacia el espejo para intentar comprender cómo podía haberme equivocado. Esta vez no había lugar a error, pues el Conde estaba tan cerca de mí que podía verle por encima de mi hombro. ¡Pero no había ningún reflejo suyo en el espejo! ¡Aunque veía toda la habitación a mis espaldas, no había rastro de ningún hombre en ella aparte de mí! Esto me alarmó sobremanera y, como colofón a tantas otras cosas extrañas, estaba comenzando a incrementar esa vaga sensación de inquietud que siempre tengo cuando el Conde está cerca; pero en ese instante me fijé en que el corte había sangrado un poco, y que la sangre goteaba de mi barbilla. Dejé la cuchilla y me di media vuelta para buscar un trozo de esparadrapo. Cuando el Conde me vio el rostro, sus ojos ardieron con una especie de furia demoníaca y me agarró de repente la garganta. Yo retrocedí y su manto rozó el rosario del que cuelga el crucifijo. Esto provocó un cambio instantáneo en él, pues su furia

.....  
NOTAS:

desapareció tan rápido que me resultó difícil creer que alguna vez hubiera estado allí.

–Tenga cuidado –me dijo–. Tenga mucho cuidado de no cortarse. Es más peligroso de lo que usted imagina en este país.

Bram Stoker, *Drácula* (Óscar Palmer Yáñez, ed.),  
Madrid, Valdemar, 2005, págs. 92-93.

NOTAS: .....

## Texto IV El Khan Kubla

En Xanadú, el Khan Kubla decretó,  
alzar una solemne cúpula de placeres:  
donde Alph, el río sacro, iba fluyendo  
por cavernas que el hombre nunca pudo medir,  
hasta llegar a un mar sin sol.  
Así diez millas de terreno fértil  
se ciñeron de muros y de torres:  
y hubo jardines con brillar de arroyos  
sinuosos, con árboles del incienso floridos;  
y había en las colinas viejos bosques  
envolviendo lugares de verdor soleado.  
Pero, ¡ah el profundo abismo romántico, bajando  
al sesgo por la verde colina, entre los cedros!  
¡Lugar silvestre! ¡Santo y encantado,  
como en el que una vez, bajo la luna vaga,  
aguardó una mujer a su amante-demonio!  
De este abismo, en fermento siempre de torbellinos,

NOTAS:

---



como si en apretados y rápidos jadeos  
alentara la tierra, una fuente surgía  
poderosa, con fuerza:  
entre cuyo veloz brotar intermitente  
grandes trozos de roca saltaban como en bóveda  
de granizo, o el trigo que el trillador azota  
con el mayal, quitándole su tamo;  
y entre estas rocas, siempre brusco y fuerte,  
saltaba el sacro río.

Después de cinco millas en meandros danzantes  
por bosques y por valles corriendo, el río sacro  
llegaba a las cavernas que nunca mide el hombre,  
hundiéndose en un mar sin vida, con tumulto,  
¡y en medio del tumulto Kubla oyó desde lejos  
voces de antepasados profetizando guerra!  
La sombra de la cúpula de placeres flotaba  
a mitad de camino entre las ondas;  
donde se oían los mezclados ritmos  
de la fuente y las cuevas.

¡Era un rayo milagro: una soleada  
cúpula de placer con cavernas de hielo!  
Y, un dulcémer tañendo, una doncella

NOTAS:

---

vi una vez en misión: una abisinia  
que, al son de su dulcémer, cantaba al monte Abora.  
¡Ojalá reviviera en mi interior  
su música y su canto!  
Con tal hondo placer me vencería  
que, con música fuerte y duradera,  
podría construir en el aire esa cúpula,  
¡la cúpula soleada; esas cuevas de hielo!  
Y cuantos escucharan las verían allí,  
y gritarían todos: ¡Mira, mira  
sus ojos destelleantes, su cabellera al viento!  
Teje un círculo en torno de él tres veces,  
y con sacro temor cierra los ojos,  
porque se ha alimentado de rocío de mieles  
y ha bebido la leche del Edén.

Samuel Taylor Coleridge, en *Poetas románticos ingleses* (José María Valverde y Leopoldo Panero, trads.), Barcelona, Planeta, 1996, págs. 54-55.

NOTAS:

---

## Texto V A sí mismo

Ahora, cansado corazón, por siempre,  
reposarás. Murió el engaño extremo,  
que eterno imaginé. Murió. Bien veo  
que de los dulces goces la esperanza  
no sólo ha muerto en mí, sino el deseo.  
Reposa ya. Bastante  
palpitaste. No valen cosa alguna  
tus anhelos, ni es digna de suspiros  
la tierra. Acíbar, tedio  
es la visa no más, y fango el mundo.  
Cálmate desde ahora. Desespera  
la última vez. A nuestra especie el hado  
no dio sino el morir. De hoy más, despréciate,  
desprecia la creación, el espantoso  
poder que, oculto, para el mal impera  
y la infinita vanidad de Todo.

Giacomo Leopardi, en Francisco Rico y Rosa Lentini, *Mil años de poesía europea*  
(Miguel Romero Martínez, trad.), Barcelona, Backlist, 2009, pág. 595.

NOTAS:

## Texto VI

### Memorias del subsuelo

Desde el día anterior ya sabía que sería el primero en llegar. Pero la cosa no estaba en quién llegaría el primero.

No sólo no había llegado ninguno de ellos, sino que incluso a duras penas logré encontrar el salón que habíamos reservado. La mesa todavía no estaba puesta. ¿Qué significaba todo eso? Después de varias intentonas, logré enterarme a través del personal de servicio de que el almuerzo de que el almuerzo estaba encargado para las seis de la tarde y no para las cinco. Esto me lo confirmaron en el bar. Además ya me resultaba incómodo seguir preguntando. Eran sólo las cinco y veinticinco de la tarde. Y si habían cambiado la hora del almuerzo, en todo caso, deberían habérmelo comunicado –para eso estaba el correo– y no dejarme en «evidencia» ante mí mismo y... el servicio. Me senté; un camarero comenzó a poner la mesa; delante de él me sentía aún más ofendido. A las seis de la tarde, además de las lámparas que ya lucían en la habitación, también trajeron velas. Sin embargo, al camarero no se le había ocurrido traerlas al momento de llegar yo. En la habitación de al lado, en dos mesas separadas, comían dos tristes comensales, que estaban callados y parecían estar enfadados. En uno de los salones del fondo había mucho ruido; incluso gritos; se oían risas como si se tratara de toda una cuadrilla; también se oían detestables chillidos en francés: el almuerzo tenía lugar con las damas. En una palabra, aquello resultaba nauseabundo. En pocas

.....  
NOTAS:

ocasiones había vivido yo momentos tan desagradables, de modo que cuando a las seis en punto, llegaron todos ellos a la vez, en el primer instante me alegré como si se tratara de mis libertadores y casi se me olvida que debía mirarles con cara de ofendido.

Fiódor M. Dostoievski, *Memorias del subsuelo* (Bela Martinova, ed.), 3a ed.,  
Madrid, Cátedra, 2006, págs. 137-138.

NOTAS: .....

## Texto VII

### Escena del carruaje

Siguió caminando a lo largo del río por el camino de grava pavimentado de guijarros, y durante mucho tiempo, por el lado de Oyssel, más allá de las islas.

Pero de pronto echó a correr y atravesó sin parar Quatremares, Sotteville, la Grande Chaussée, la rye d'Elbeuf, e hizo sus tercera parada ante el Jardin des Plantes.

–¡Siga caminando!– exclamó la voz con más furia.

Y enseguida, reemprendiendo su carrera, pasó por Saint-Server, por el Quaid des Curandiers, por el Quai Aux Meules, otra vez por el puente, por la Place du Champ-de-Mars y detrás de los jardines del hospital, donde unos ancianos con levita negra se paseaban al sol a lo largo de una terraza toda verde de hiedra. Volvió a subir el bulevar Cauchoise, después todo el Mont-Riboudet hasta la cuesta de Deville.

Volvió atrás; y entonces, sin rumbo ni dirección, al azar, se puso a circular de un lado para otro. Lo vieron en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en la Rouge-Mare, y en la plaza del Gaillard-bois, Saint-Vivien, Saint-Maclou, Saint-Nicaise delante de la Aduana, en la Monumental. De vez en cuando, el cochero desde su pescante echaba unas miradas desesperadas a las tabernas. No comprendía qué furia de locomoción impulsaba a aquellos individuos a no querer pararse. A veces lo intentaba e inmediatamente oía detrás de él exclamaciones de

.....  
NOTAS:

cólera. Entonces fustigaba con más fuerza a sus dos rocines bañados en sudor, pero sin fijarse en los baches, tropezando acá y allá, sin preocuparse de nada, desmoralizado y casi llorando de sed, de cansancio y de tristeza.

Y en el puerto, entre camiones y barricadas, y en las calles, en los guardacantones, la gente del pueblo se quedaba pasmada ante aquella cosa tan rara en provincias, un coche con las cortinillas echadas, y que reaparecía así continuamente, más cerrado que un sepulcro y bamboleándose como un navío.

En una de esas vueltas a mediodía, en pleno campo, en el momento que el sol pegaba más fuerte contra las viejas farolas plateadas, una mano desenguantada se deslizó bajo las cortinillas de tela amarilla y arrojó pedacitos de papel que se dispersaron al viento y fueron a caer más lejos, como mariposas blancas, en un campo de trébol rojo todo florido.

Después, hacia las seis, el coche se paró en una callejuela del barrio Beauvoisine y se apeó de él una mujer con el velo bajado que echó a andar sin volver la cabeza.

Gustave Flaubert, *Madame Bovary* (Germán Palacios, ed.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2001, págs. 326-327.

NOTAS: